

***“El paisaje correntino a fines de la colonia y principios de la etapa independiente.
Una revisión sobre los escritos de los viajeros”***

Autora: **Andrea Leticia Rougier**

Universidad o Institución de pertenencia: Facultad de Artes, Diseño y Ciencias de la Cultura – Universidad Nacional del Nordeste - NEHC

Dirección: Las Heras 1180. Resistencia, Chaco

Teléfono: +54 362-4782236

Correo electrónico: andrealetrougier@gmail.com

Introducción

Si desde la historia intentamos adentrarnos en el estudio de los paisajes culturales, debemos abordar obligatoriamente el proceso de construcción de los mismos, las características particulares que los diferencian de unos y otros, los actores que contribuyeron a su conformación, entre otros aspectos relevantes.

En este sentido, cabe retomar la definición propuesta por los autores Ballesteros, Otero y Varela, quienes definen al paisaje cultural *“como porción del territorio que alberga unas determinadas entidades (naturales, históricas, monumentales, arqueológicas), pero que sólo existe como tal paisaje desde que es apreciado por el observador. Es la mirada la que construye el paisaje, que hasta que es observado y decodificado es sólo un espacio”* (2005, 1).

Cristóbal Bravo, por su parte, refuerza esta idea al afirmar que *“hablar de paisaje es hablar del vínculo que existe entre los individuos y su entorno. Entre lo uno y lo otro, se interpone una mirada, una constelación de elementos subjetivos que hacen del paisaje algo más que los elementos subjetivos de un territorio”* (2010, 56). Y avanza aún más, al sostener que el paisaje es además un producto social; para lo cual recupera la definición de Ribas *“es la proyección cultural de una sociedad en un*

espacio determinado desde una dimensión material, espiritual, ideológica y simbólica” (Bravo: 2010, 56)¹.

Teniendo presente el análisis de los autores mencionados anteriormente, consideramos relevante la idea planteada por Dolores Muñoz y otros, quienes en sus trabajos insisten en *“la necesidad de una valoración integral del paisaje, capaz de reconocer los diversos valores y significados que concurren en su definición, asumiendo que el término paisaje pertenece al campo de las polisemias porque se ramifica por distintos sentidos y campos de conocimiento”* (2006, 32-33).

En relación con lo señalado anteriormente, nos proponemos en este trabajo recuperar las distintas visiones sobre el paisaje que los viajeros europeos plasmaron en sus escritos luego de visitar Corrientes a fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX.

En este sentido, Mary Louis Pratt señala que a mediados del siglo XVIII tienen lugar dos acontecimientos de gran relevancia que debemos tener presente en nuestro estudio. En primer lugar, el surgimiento de la historia natural como estructura de conocimiento, y por otra parte, un viraje hacia la exploración de los interiores continentales; ambos factores según esta autora marcaron un cambio en la conciencia planetaria europea (2011, 36-37).

En este contexto situamos los relatos de viajes que seleccionamos para la realización de esta ponencia, la cual pretende ofrecer un análisis de distintos aspectos abordados por los autores de finales de la colonia y primeros años de la etapa independiente.

Los viajeros en Corrientes

En primer lugar, y por un orden meramente cronológico destacamos la obra de fray Pedro José de Parras, español y miembro de la orden de San Francisco, quien arribó a Buenos Aires en 1749, permaneció en territorio americano hasta 1768 y regresó nuevamente en 1776 ocupando el cargo de rector en la Universidad de Córdoba del Tucumán.

¹ El trabajo que cita de Palom Ribas es *Los paisajes del agua como paisajes culturales. Conceptos, métodos y experiencias prácticas para su interpretación y valoración*.

En el prólogo se refleja claramente el espíritu científico y su intención de que la información ofrecida en su trabajo sea considerada como verdadera, motivo por el cual señalaba que:

En la relación que intento hacer de las cosas, no he de gobernarme por lo que he oído, sí sólo por lo que he visto y personalmente examinado; y si alguno que haya transitado las mismas carreras, encuentra especies que en ellas no observó, consistirá, o en su mismo descuido, o en que, con la diferencia de tiempo, las cosas que entonces vio, ya no subsisten, o existen ahora las que entonces no tenían ser actual (Parras: 1943, 15).

En el caso de Alcides D'Orbigny, nos interesa abordar el tomo 1 de su obra, dado que allí el autor describe nuestra región. En el prólogo de la obra Ernesto Morales aporta importantes datos biográficos que nos permiten dimensionar el valor de esta obra. Había nacido en Coveron, Francia en 1802, y provenía de una familia de científicos ya que su padre y hermano eran médicos dedicados a las ciencias naturales y autores de importantes libros sobre zoología y botánica.

A los veinte años Alcides ya era respetado por sus maestros porque ya era un hombre de ciencia en ese momento. Por ello el Museo de Historia Natural de París le confió la misión de visitar, explorar y estudiar la fauna y flora de las regiones australes de la América del Sur; tarea para la cual solicitó un año de preparación, en el que se dedicó a profundizar sus conocimientos y entrevistarse con reconocidos naturalistas del momento para indagar sobre sus experiencias.

Su viaje se prolongó durante ocho años en los que se abocó a recorrer partes de Brasil, Uruguay, Argentina, Chile, Perú y Bolivia. Regresó a Francia en 1834 y se dedicó a clasificar y corregir sus escritos para publicarlos en 1839. El capítulo I de la obra tiene como función explicar en qué status científico se encontraban los relatos de los viajeros al momento de emprender su camino. De este modo, el autor señala que el impulso que habían tomado los impresos en el siglo anterior, siglo XVIII, se habían visto fortalecidos en el siglo XIX, al cual denomina como una época de regeneración y progreso.

A esto agrega que los viajes no se encontraban en ese momento relegados a una biblioteca o a una función de distraer, sino que complementan la educación de tipo liberal y contribuyen al dominio de las clases ilustradas. En este sentido, considera que se habían superado dos cuestiones que durante mucho tiempo habían desacreditado estos escritos; en primer lugar la veracidad de las palabras de los autores, las cuales se

ponían en tela de juicio constantemente. Y por otra parte, la confianza que los lectores comenzaron a depositar en esos relatos.

También explica en este apartado el camino que él mismo inició en las ciencias naturales hasta la realización del viaje que nos ocupa. Como mencionamos anteriormente nació en una familia de científicos, en la cual su padre se encargó de guiarlo en los primeros momentos; y posteriormente consideró necesario dedicarse a una especialidad con el fin de profundizarla, momento en el que se inclinó hacia los moluscos radiados.

Desde 1824 se instaló en París, donde pudo continuar con sus estudios y donde se sumó a la expedición que una compañía inglesa iniciaba con el fin de explotar las minas de Potosí en Bolivia. El Museo consideró un interesante proyecto el enviar a un naturalista viajero en dicha comitiva y los estudiosos miembros de esa institución se abocaron a brindarle sus conocimientos y consejos con el fin de prepararlo para la travesía.

Los hermanos Juan y Guillermo Robertson, arribaron al Río de la Plata motivados por el comercio y las posibilidades de acrecentar su patrimonio. Dos obras resultan relevantes para el estudio del paisaje correntino “Cartas de Sudamérica” y “La Argentina en la época de la revolución”, en las cuales narran los pormenores de las relaciones comerciales, de la política del momento y de las interacciones con la población y con los personajes destacados de este territorio.

Paolo Mantegazza, autor de “Viajes por el Río de la Plata y el interior de la confederación argentina”, había nacido en Monza, Lombardía, en el año 1831. Recorrió nuestro país en 1858, 1861 y 1863. Estudió medicina en Pisa, Milán y Pavia, donde se doctoró en 1854. Como señala Román en su tesis doctoral, la relevancia científica de este médico *“se traducía en su notable capacidad de institucionalización de espacios de saber, como indicador epocal del desarrollo y consolidación de un campo científico en avance; fue fundador del Museo de Antropología y Etnografía de Florencia, de la Sociedad Italiana de Antropología y del Archivo de Antropología y Etnología. Creó en Florencia la primera cátedra italiana de Antropología, que comenzó a dictar en 1870”* (2010, 198).

Él mismo señala su escrito “*no es una guía ni un horario. Es algo superior y más noble: inspira sus páginas esa compasiva experiencia del hombre que ha visto y estudiado a muchos de sus semejantes y observado las diferencias de las virtudes y de las vergüenzas humanas según el cielo que las alumbra*” (1916, 6).

La ciudad y las primeras imágenes

El capítulo IV de la obra de fray Parras refiere a su llegada a la ciudad y el impacto visual que la geografía provoca en este europeo:

Esta ciudad está situada sobre la misma barranca de río Paraná, que en esta parte tiene más de una legua de ancho, y poco más arriba de la ciudad tiene de anchura dos leguas, por razón de que aquí se junta este río con el del Paraguay, cuyas dos bocas se divisan desde la ciudad de Corrientes, y perenemente se nota otra novedad curiosa, y es, que a esta gran playa que forma el río, le entra el Paraná por la costa del norte y el río Paraguay por la del sur. El agua de aquel es cristalina y la de éste turbia y colorada; y por espacio de más de treinta leguas, corren estas aguas sin mezclarse perfectamente, de modo que la mitad del río es rubio y la otra mitad cristalino y claro (Parras: 1943, 164)

Por su parte D’Orbigny brinda a lo largo de su relato descripciones que permiten recuperar las imágenes de la ciudad y la geografía que dicho autor registró durante su estadía. “*Corrientes debe un aspecto muy riente a su situación al borde del Paraná, a los bosques que embellecen sus cercanías y a la forma de sus casas, construidas para preservar del calor*” (1945, 117). En páginas posteriores agrega “*la ciudad de Corrientes está agradablemente situada sobre la orilla oriental del río Paraná, muy cerca de la confluencia con el río Paraguay*” (1945, 335).

Al igual que el viajero mencionado anteriormente, dedica parte de su trabajo al análisis de los ríos y la coloratura de los mismos. La misma situación observada años antes por Parras se reitera en este relato cuando explica que los ríos Colorado, Bermejo y Pilcomayo poseen basamento ferruginoso, los cuales son arrastrados aún en épocas de crecientes al curso del río Paraná en su unión con el río Paraguay que le lleva aguas rojizas (1945: 177).

Guillermo Roberston describió con el mismo énfasis esta imagen, “*ambos ríos, antes de unirse por completo, mantienen por distancia de algunas millas sus colores propios en una línea perfectamente definida: el Paraguay su tinte barroso y rojizo y el Paraná un tono más claro y transparente, hasta que por último se funden tomando un aspecto más cristalino*” (2000, 42). El mismo autor destaca la belleza del paisaje “*la ciudad de Corrientes, lindamente situada en una eminencia del terreno y sobre una*

punta que se interna en el agua, queda en la confluencia de los dos ríos, y ofrece una hermosa vista ...” (2000, 42).

Los mencionados escritos también aportan información sobre las características urbanas y arquitectónicas, y reflejan la modestia de las construcciones y un importante retraso en comparación con otras ciudades fundadas durante el período colonial. Estos relatos se entremezclan con pautas culturales y comportamientos propios de la sociedad correntina.

El padre Parras señalaba *“Confieso ingenuamente que en cuanto he andado, no he visto ciudad más pobre ni en lo material ni en lo formal”* (1943, 164). La traza urbana si bien debía responder a los lineamientos establecidos en las leyes de Indias, no respetaba la cuadrícula estipulada, *“se tiene la intención de dividirla en cuadras o bloques de casas iguales entre sí, pero, sea por negligencia de las autoridades, sea por respeto a las convivencias individuales, las calles permanecen mal alineadas* (D’Orbigny: 1945, 335).

Otra característica que se repite en las descripciones es el estado de las calles, *“son miserables, sin pavimento y con suelo de arena y fango”* (Robertson: 2000, 42), situación que dificultaba el tránsito de los visitantes extranjeros durante los días de altas temperaturas, *“a mi arribo el calor era insoportable, no se veía un alma en las calles de arena suelta y ardiente”* (Robertson: 1920, 98).

En 1827 esta situación era observada por D’Orbigny, en primer lugar desde su interés por la flora y la fauna *“las calles no están empedradas y pueden ofrecer a un botánico un vasto campo de investigaciones, porque aparecen, en su mayoría, cubiertas a los lados, de una vegetación activa, sobre todo las menos frecuentadas”* (1945, 336). Complementando su descripción con un análisis específico de las mismas:

como el terreno está formado de arena mezclada con algo de arcilla, cuando llueve no se puede caminar sin hundirse hasta el tobillo; cuando el tiempo es bueno, ese terreno se mueve como las arenas de los desiertos de África; si hay viento hace arder los ojos al llenarse de tierra; finalmente si hace calor, quema los pies de los caminantes, casi todos descalzos; de manera que, cualquiera sea el tiempo reinante, la marcha es muy difícil (1945, 337).

El ordenamiento de la traza urbana tuvo lugar en la segunda mitad del siglo XIX, proceso registrado en el relato de Mantegazza, *“presenta la monótona fisonomía de todas las ciudades sudamericanas: calles que se cortan en ángulo recto y siempre a la misma distancia”* (1916, 124).

En lo que respecta a las construcciones, los viajeros constituyen un corpus documental fundamental, dado que ofrecen detalladas descripciones generales de las edificaciones y de las viviendas en las que fueron alojados por los vecinos.

En cuanto a la construcción de las casas los autores consultados coinciden en la rusticidad de las mismas. Los habitantes de Corrientes debieron bastarse con los recursos naturales que les ofrecía el medio para realizar sus viviendas. De esta manera, Alcides D'Orbigny describe las características de los techos, los cuales eran cubiertos con tejas obtenidas del corte del tronco de la palmera corondai (1945, 336) y estimaba que los mismos tenían una duración máxima de diez años. La utilización de este material perduró durante muchos años, ya que Mantegazza en su paso la ciudad observa también la continuidad en el uso de la misma (1916, 122).

Las viviendas poseían una habitación principal al frente, la cual contaba con una puerta y una ventana. Esta última generalmente no contaba con vidrios, ya que este material no era de uso frecuente en esta ciudad en los inicios del siglo XIX; por el contrario, estaba provista de barrotes realizados en madera.

El trabajo de D'Orbigny se destaca sobre los otros viajeros al momento de abordar el espacio privado, lo que se debe con seguridad a su permanencia durante un año entero en la ciudad y sus alrededores, como también a los estrechos lazos que él estableció con los pobladores. *“Todas las casas de los ricos presentan la misma distribución: tienen siempre sobre la calle una sala que sirve para las recepciones y donde los que pasan por fuera pueden ver a los visitantes. Allí se baila, cuando hay mucha gente. El resto de la casa está dividido en habitaciones por lo general de lo más sencillas y a menudo sombrías y descuidadas”* (D'Orbigny: 1945, 339).

Refiriéndose al mobiliario señalaba:

Es concebible que el mobiliario esté de acuerdo con la elegancia de la morada. La sala de recepción reúne y resume todo el lujo de la casa. Las paredes están bien blanqueadas y no tienen ningún adorno; las ventanas carecen de cortinas. Alrededor están colocadas banquetas o se alinean las sillas de madera a la antigua, muy macizas; muebles que por otra parte, se buscaría en vano en las otras habitaciones, donde las camas ocupan su lugar (1945, 339).

En los dormitorios, como se registra en el párrafo anteriormente citado, el mueble que se destacaba era la cama. El viajero francés notaba la ausencia de mobiliario que comunmente se hubicaban en los dormitorios europeos, *“el elegante canapé, la útil*

cómoda, el fiel espejo giratorio, tan apreciados en nuestra vieja Europa, son desconocidos en Corrientes” (1945, 339).

La sociedad correntina

No podríamos hacer referencia al paisaje cultural correntino, sin incluir las visiones que los viajeros aportan sobre sus pobladores, sus costumbres, sus prácticas religiosas, y sus comportamientos cotidianos. Es en este tipo de análisis cuando el concepto de “zona de contacto” propuesto por Mary Louis Pratt se visualiza y clarifica en el estudio de una sociedad particular.

La autora explica que *“la zona de contacto desplaza el centro de gravedad y el punto de vista hacia el espacio y el tiempo del encuentro, al lugar y al momento en que individuos que estuvieron separados por la geografía y la historia ahora coexisten en un punto, el punto en que sus respectivas trayectorias se cruzan”* (Pratt: 2011, 34). Consideramos que esta propuesta resulta válida para analizar las apreciaciones y comparaciones que establecieron los viajeros entre los territorios que visitaron y sus propias tierras de origen.

Este concepto se complementa con la “dimensión heteroglósica”, propuesta también por la misma autora. En este sentido, los conocimientos mediante los que se construyen los relatos de viajes no solamente provienen de la sensibilidad y el poder de observación de un viajero, sino de interacciones y experiencias usualmente dirigidas y controladas por los “viajados” (Pratt: 2011, 254).

Destacamos ambos conceptos ya que en variados pasajes de los escritos redactados por los europeos, se hace referencia a los modos de ser particulares de esta sociedad. Juan y Guillermo Roberston expresaron en variadas páginas de su trabajo visiones sobre la población correntina:

muchos de sus usos y costumbres, es verdad, hubieran sido estimados como antiguallas en cualquier sociedad civilizada como la inglesa. Pero, antes de pronunciarnos sobre quienes están por debajo de nosotros en la escala de la civilización, no olvidemos que la diferencia fundamental no reside en la naturaleza del ser sino en el estado comparativo de los conocimientos, de la moral y principios religiosos, de las artes, ciencias y educación en general. Estos son los elementos que modifican, mejoran o elevan al hombre en la sociedad (2000, 55).

Asimismo realizan una comparación entre su sociedad y la observada, *“la historia nos enseña que la ascensión del hombre en la escala social de la civilización es progresiva y ha empezado generalmente en la barbarie para levantarse después con*

lentos y penosos pasos al más alto grado de elevación intelectual” (2000, 55). En esa escala que los autores proponen, sitúan a los pobladores correntinos, y aclaran *“hago estas observaciones para mostrar que los correntinos se hallan en una escala en que estuvimos nosotros alguna vez... si se quiere, son ahora niños y nosotros hemos adquirido la estatura de un hombre, lejos de ser una razón para mirarlos en menos, es, por el contrario, un motivo para mirarlos con la indulgencia con que el hombre debe mirar al niño”* (2000, 56).

En la misma línea de observación D’Orbigny explicaba *“la civilización es una educación que exige una larga serie de siglos, y como las razas mejoran físicamente por el cuidado que se toma de confiar la reproducción a los individuos más hermosos de cada especie, los órganos de los cuales dependen de las facultades intelectuales, sólo se desarrollan y perfeccionan progresivamente”* (1945, 341).

Atendiendo a estos modos de observar y analizar por parte de los viajeros, en ambas obras los autores ensayan y proponen un esquema de organización de la sociedad correntina. Juan Robertson señalaba:

Parecería que el proceso general de la sociedad se desarrolla conforme al siguiente orden: 1° el hombre en estado salvaje, 2° el hombre en estado pastoril, 3° la agricultura, 4° el propietario de la tierra que percibe por ella una renta. Solamente después vendrían el industrial, el artista, el autor, el hombre de ciencia, etc.

Puede usted alterar este programa o suprimirlo, como mejor le plazca, mientras yo prosigo diciendo que miles y miles de caballos y vacas cubrían las llanuras y colmaban los bosques de la provincia de Corrientes y que sólo a pocas millas de la capital podía uno formarse ligera idea de que el algodón, el tabaco, la caña de azúcar, el maíz, la mandioca, las bananas, las naranjas, las uvas y muchos vegetales comestibles eran los productos naturales del suelo y tenían su valor (2000, 66-67).

Del mismo modo, D’Orbigny proponía una caracterización de los distintos grupos sociales:

La clase que ocupa los primeros empleos o la de las personas más ricas tiene buenos modales y puede compararse, aunque charla menos y es menos ligera, por las formas y por la gracia de su modo de ser, a los habitantes de la capital argentina. Los hombres que la componen tienen, en su mayoría, mucho aplomo y seriedad (1945, 342).

También hace referencia a las ocupaciones que realizaban los miembros del grupo que desde su visión era el que se distinguía de los demás, *“su ocupación durante el día se reduce a nada. No poseen diarios que los ocupen; así se reducen a dormir, comer, fumar, tomar mate, pasear a caballo... Un caballero se cree deshonrado si realiza trabajos manuales, mientras que las mujeres, por el contrario, se entregan a muchos trabajos penosos”* (1945, 342).

En contraposición, el autor describe la actividad en la campaña y a los pobladores que allí habitaban, *“el habitante del campo trabaja más que el de la ciudad. Se ocupa del cultivo de su campo, o del cuidado de su ganado... es solamente más salvaje, más grosero, menos habituado a la galantería...”* (1945, 353).

Estas apreciaciones, como señalamos anteriormente son producto del tiempo considerable que los viajeros permanecieron en estas tierras, lo que les permitió participar y formar parte activa de distintos momentos que les permitieron ofrecer un detallado registro.

Ejemplos que se destacan son, por una parte, las prácticas religiosas, las cuales motivaron a los extranjeros a compararlas con sus propias creencias y emitir juicios de valor sobre “otras” creencias :

La Semana Santa, en todos los países católicos, es una semana de ayunos rigurosos, de aparatosas devociones y de un ceremonial tan lóbrego, que atrae y hasta seduce la atención de quienes profesan otro credo religioso. Pero, en una comunidad primitiva como la de Corrientes, casi aislada del mundo y bajo la influencia del clero, ejercida sobre el pueblo ignorante, el espectáculo que se ofrece al viajero tiene a menudos un gran interés y muestra la tenacidad con que el hombre se aferra, como a una segunda naturaleza, a ciertas observaciones ajenas a la razón y a la revelación y basadas únicamente en la autoridad de quienes las han inculcado (Robertson: 2000, 56)

Estas palabras no solamente refieren a la manera en que se realizaban los ritos religiosos, sino que también deja entrever el fuerte arraigo que tuvo el catolicismo tempranamente en esta sociedad; cuyos preceptos revestían una gran importancia en el común de la población.

Estos párrafos que hacen mención a la religiosidad católica, se alternan en estas obras con fragmentos sobre las costumbres, las cuales contradecían lo establecido por la Iglesia, y sin embargo convivían cotidianamente en las prácticas cotidianas de los correntinos:

Uno se creería que en una ciudad santa, pero, cuando cada uno vuelve a sus costumbres, no se reconocen más las personas que poco antes se postraban tan devotamente ... ¡qué singular contraste! ¡qué exterior religioso y corrupción efectiva! ¿Cómo se concilian tales antinomias? En menester que la conciencia de los habitantes de Corrientes sea bien ancha o que posean una religión propia, completamente diferente de la verdadera; profesan en ello, sin duda, la creencia de que la confesión lava todos los pecados (D’Orbigny: 1945, 350).

Valoraciones finales

En el presente trabajo pudimos abordar relatos de viajeros que visitaron y que permanecieron en Corrientes por distintos motivos e intereses, lo que resulta de gran interés para recuperar visiones sobre esta sociedad que los documentos notariales, por sus particularidades y estructuras de redacción no incluyen.

A partir de las descripciones consultadas consideramos relevante destacar, en primer lugar, que si bien las ciudades coloniales fueron producto de una política colonizadora, las mismas tuvieron diferencias sustanciales en los procesos de formación y en el espacio geográfico en el que fueron fundadas, aspectos que contribuyeron a la conformación de una identidad local o regional. De ahí la importancia de estudiar las particularidades de las mismas sin repetir de manera mecánica el concepto de “ciudades coloniales” como un universal.

Al mismo tiempo, estos escritos resultan de gran importancia para analizar los rasgos iniciales de las ciudades y cómo fueron evolucionando y cambiando su fisonomía.

Debemos mencionar también que estas descripciones son de gran valor al momento de estudiar las relaciones que se dieron entre medio natural y la acción humana. En el caso de la arquitectura pudimos notar que los pobladores debieron recurrir a su entorno para obtener los materiales a emplear en las construcciones durante el período colonial, los cuales perduraron hasta bien entrado el período independiente. Esto nos conduce a reflexionar sobre un modelo de construcción característico de la región que tuvo un fuerte arraigo en las prácticas cotidianas de construcción.

Por otra parte, notamos en reiterados fragmentos el “ojo imperial” propuesto por Pratt, a partir de los términos que utilizan los autores para referirse a la sociedad correntina. Palabras como aislada, primitiva, pueblo ignorante, son frecuentes a lo largo de los relatos redactados por viajeros europeos, quienes establecieron comparaciones entre su lugar de origen y las poblaciones que visitaron.

Finalmente, es importante recuperar este tipo de relatos para profundizar en las particularidades de los paisajes culturales a fines de la época colonial e inicios de la etapa independiente. Esto nos permitirá complementar los datos registrados en los documentos notariales y recuperar valiosos aspectos respecto de las miradas sobre

nuestra región, a partir de las cuales, como señalamos al inicio de nuestro trabajo, un entorno se convierte en paisaje cultural.

Bibliografía

Arias, A. (2011). "Viajeros y escritores. La construcción de la autoridad en los escritos de Azara, D'Orbigny y Ambrosetti". En: Revista Kula. Antropólogos del Atlántico Sur. N° 5, pp. 5-18.

Ballesteros, A. y otros (2005). "Los paisajes culturales desde la arqueología: propuestas para su evaluación, caracterización y puesta en valor". [En línea] <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/arqueoweb/pdf/7-2/ballesteros.pdf>

Bravo, C. (2010). "Contribuciones de la perspectiva narrativa al estudio del paisaje". En: Revista Sociedad Hoy, 1° semestre, pp. 55-64.

Mantegazza, P. (1916). **Viajes por el Río de la Plata y el interior de la confederación Argentina**. Buenos Aires, Coni hermanos.

Muñoz, D. y otros. (2006). "Los paisajes del agua en la cuenca del río Baker: bases conceptuales para su valoración integral". En: Revista de Geografía Norte Grande, N° 36, pp. 31-48.

Parras, J. (1943). **Diario y derrotero de sus viajes. 1749- 1753**. Buenos Aires, Ediciones Argentinas Solar.

Phenos, M. (2005). **Ver, conocer, dominar. Imágenes de Sudamérica a fines del siglo XVIII**. Buenos Aires, Siglo XXI.

Pratt, M. (2011). **Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación**. Argentina, Fondo de Cultura Económica.

Robertson, J. y G. (1920). **La Argentina en la época de la revolución. Cartas sobre el Paraguay: comprendiendo la relación de una residencia de cuatro años en esa república bajo el gobierno del dictador Francia**. Buenos Aires, Vaccaro.

----- (2000). **Cartas de Sudamérica**. Buenos Aires, Emecé.

Román, M. (2010). **Viajeros europeos en Entre Ríos durante el siglo XIX: su intervención en el campo cultural y local y las figuras del otro en sus narrativas**. Tesis de doctorado en Comunicación Social.